

VENTURA DORESTE: MI RECUERDO, HOY

Domingo Pérez Minik

ABSTRACT

The author provides us with the human and literary profile of Ventura Doreste, whom he defines as the insular Alain. However, despite the influences and topical features of the characterization of this writer from the Canary Islands, Ventura Doreste proves to go beyond any geographical, naturalistic or mimetic limits.

Se trata de un recuerdo. Y el más fuerte que me asalta es que Ventura Doreste quiso ser Alain entre nosotros y lo consiguió. Necesitaba ser Alain en medio de los insulares y por que no en el seno de los otros españoles y también frente a muchos americanos. A él le bastaba escribir sus ensayos, una crítica y cualquier comentario, y pronto con esta lectura, los que le seguíamos, nos dábamos cuenta de que ya contábamos con un Alain. Este escritor francés, el autor de tantos "Propos" que yo leía en la *Nouvelle Revue Française*. Para mí, figura literaria bien conocida con aquel deseo irrenunciable de primer orden en los misterios del espíritu, tan embrollados algunas veces, la necesidad de una mirada tranquila cuando nos enfrentamos con los grandes acontecimientos, la renovación de aquel pensamiento de Marco Aurelio: "que la historia hay que hacerla de pie". Ventura Doreste fue siempre enemigo de cualquier fantasma, la claridad de sus textos está ahí para demostrarlo con su lección segura, su comportamiento con la literatura así lo demuestra. El se marchó de este mundo muy dolorosamente, dejándonos un sentimiento muy desgraciado de orfandad. Que aun no hemos podido mitigar. Lo que realmente acerca-

ba a nuestro insular de Alain era su actitud ante el hecho artístico, el dispositivo de su mente para comprender la lectura, ese talante para enfrentarse con una novela, la poesía o el ensayo que le asaltaban. Lo que de cierta manera configuraba también una manera de escribir. A pesar de los años que le separaban había un último punto entrañable que los unía.

Bueno, la verdad es que Ventura Doreste estuvo empeñado en ser Alain y lo consiguió. Cuando yo leía a Alain en la *Nouvelle Revue Française*, años veinte y treinta de este siglo, nunca pude pensar que en las Islas Canarias me iba a encontrar un escritor que prosiguiera aquella tarea, que él continuara, que la enriqueciera. Un escritor del que nos pudiéramos enorgullecer. No estamos descubriendo nada nuevo porque hasta un investigador tan completo como Ricardo Gullón lo ha afirmado así. Ventura Doreste hizo de todo, poemas, críticas, ensayos, antologías, lo más variado. Hay mucha obra publicada, pero aun existen importantes trabajos que no fueron editados. Y eso que él se quejaba de una cierta pereza. Pero siempre estuvo condicionado por tantos rigores, la voluntad desmedida de una perfección clásica, (esta palabra "clásica" nunca le molestaba usarla con frecuencia, cuando todos los demás huíamos de ella como de la peste, la condición de ser o no vanguardista nunca le afectó) la urgencia de otra revisión, la voluntad de lograr la más distinguida literatura, no por afán de refinamiento, sino por el deseo de conseguir el texto más inteligible, mejor matizado, con la más acabada sindéresis. Este gusto por hacer buena literatura nadie se lo puede quitar.

El fue un poeta. El fue un crítico. El fue un ensayista. Estas tres maneras de ser de su espíritu son distintas. Un hecho mental. Pero él no se contenta con el hecho mental. En la buena literatura pocas veces los hechos se producen con exclusivo rigor, unidad o pureza. Aquel hecho mental también es una fiesta. Hasta un suceso religioso porque nunca pierde su orden transcendental. Dónde vamos a colocar a Ventura Doreste nos podríamos preguntar. Desechamos lo de crítico: a partir del poeta se nos dará todo lo demás. Así de sencillo. Ese escritor que redacta un ensayo nos entrega antes que otra cosa una meditación, cuyo resultado está siempre alejado de cualquier sistema, conclusión o tesis terminante. Frente a cualquier suceso estético, histórico o social, su actitud en todo momento será divagante, reflexivo, deliberante. El huye de las resoluciones como de la peste. Efectivamente, Ventura Doreste nunca se manifiesta como un crítico, estoy usando esta palabra "crítico" en lenguaje corriente, jamás dijo ni bueno ni malo, ni derrota, ni éxito. La tesis terminante era para gente de otra calaña. El leía un libro, una novela o un verso y nos lo presentaba a lo largo de un análisis, un cavilar recogido o la reflexión más desinteresada que nos servirán, sin ofrecernos ninguna intención obligatoria, como una invitación a la lectura con la mayor independencia. Lo que no

quiere decir que él no sintiera sus pasiones. Esas pasiones que le llegaban desde el último círculo del conocimiento, como hemos de suponer sin equivocarnos. Amor y conocimiento, ahí es nada. El principio y el fin del mundo.

Lo que quiere expresar que Ventura Doreste siempre anduvo por la cuerda floja del mejor equilibrio amoroso e intelectual. Así lo vemos muy cerca de Leonardo da Vinci y Giordano Bruno y de Pascal y hasta de Goethe. "Todo gran amor es hijo de un gran conocimiento", nos afirmaba Leonardo da Vinci. Nada de esto tiene nada que ver con el difundido juicio burgués de que el amor es ciego y "que sólo se puede obtener un juicio del mundo cuando se reprime el acto emocional", nos declara Max Scheler. Esta conciliación entre amor y conocimiento la llevó Ventura Doreste a indudables extremos en su investigación. A él no le gustaba declarar los extremos negativos, malos o pésimos de los textos que leía, novelas, poesía o ensayos. El había nacido para hablar bien de los escritores, lo prefería, es muy difícil encontrar un texto suyo redactado sólo con la intención de un castigo crítico. Lo que no quiere decir que en la intimidad no nos expresara sus ideas más sinceras sobre tal narración, verso o crónica. Todo esto nos da a entender que sus pasiones en cualquier circunstancia estuvieron frenadas por el más depurado conocimiento. En resumidas cuentas, que Ventura Doreste nunca fue el ensayista "chinchoso" que si no censura a alguien no se queda tranquilo. Sí, Ventura Doreste fue un hombre muy cortés, lo cortés no quita lo valiente, que animó a mucha gente de muy distintas generaciones con la mayor exigencia pero siempre dispuesto a echar una mano para salvar de la quema el mejor libro equivocado.

Y volvemos a Alain. Sí, él fue nuestro Alain. Pero nunca un Alain al pie de la letra. Era otro Alain. Uno era francés y normando y, por lo tanto, atlántico. El otro, Ventura, español, insular canario y, por lo tanto, atlántico. Esa diferencia ya se les nota. No sabemos exactamente qué es un normando. Estamos seguros de lo que es un canario. No es que descubriera Ventura Doreste enseguida eso que fue el elemento caracterológico de lo insular descubierto por Angel Valbuena Prat: Aislamiento, cosmopolitismo e intimidad, la teoría determinista de nuestra literatura tan fácil de descubrir. Ventura Doreste se escapaba de esta nomenclatura. Funcionó siempre por libre. A pesar de su admiración por Alain. Los ensayos de Ventura Doreste nunca se sintieron aislados. Se escribieron como acto de solidaridad con la historia de nuestro país, con su gusto de estar muy dentro de ella. No se contentó con ser cosmopolita, fue universal, y en cuanto a la intimidad nunca se sintió descarada, se aparecía muy abierta, en cualquier momento con las manos tendidas, participativa con los de aquí y los de allá, con todos. Su condición humana de insular canario la liquidó

pronto. Estuvo por encima de toda limitación geográfica, naturalista o mimética. Ahí están sus libros para demostrarlo. Nadie se puede llamar a engaño con Ventura Doreste.